

*La asociatividad como estrategia para la integración de inmigrantes.
Estudio de caso de haitianos participantes en un curso Kou Español*

Wladimir Elgueta Ibáñez¹

RESUMEN

En el contexto de la emergente pero intensa migración haitiana en Chile, este artículo explora la participación social de dichos migrantes y los efectos sobre su asociatividad, considerada relevante para la integración de este colectivo en la sociedad de llegada. La investigación analiza la experiencia participativa de un colectivo haitiano residentes en Santiago de Chile, en un curso de español otorgado por la Junta de Vecinos. A partir de una metodología cualitativa, se observó la dinámica del taller y se entrevistaron a los actores sociales claves del proceso. Los datos muestran que se generaron prácticas asociativas entre los monitores chilenos y los participantes haitianos. Estas constituyen, en sí, una instancia de integración desde la perspectiva intercultural que fortalece el capital social de los participantes haitianos y les otorga cimientos para que se integren en otras esferas sociales e institucionales.

Palabras claves: migración, integración, asociatividad, interculturalidad.

Associativity as a strategy for the integration of immigrants. The case study of Haitians participating in a Spanish Kou course

ABSTRACT

In the context of emerging though intense Haitian migration to Chile, this article explores social participation of Haitian immigrants and its effects on associative processes. Social participation is relevant for achieving the social integration of the studied group into the receiving society. For exploring the mentioned topic, the research analyses the participatory experience of a community of Haitians attendees of a Spanish learning course given by a neighborhood association in Santiago, Chile. Based on a qualitative methodology approach, this research observes the dynamics amongst course attendees and also carries out interviews with key social actors of the process. The main results show that the participatory experience builds associative practices between Chilean-course monitors and the Haitian attendees. These associative practices pose themselves as an instance of integration from an intercultural perspective; strengthening the social capital of Haitian participants and providing a foundation for Haitian participants to integrate themselves into other social and institutional Chilean spheres.

Key Words: Migration, Integration, Associative processes, Interculturality.

¹ Administrador Público, Licenciado en Gobierno y Gestión Pública, Universidad de Chile. Máster en Administración y Gerencia Pública, Universidad de Alcalá, Madrid, España. Magíster en Sociología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Correo electrónico: welgueta@gmail.com.

INTRODUCCIÓN

El aumento de los flujos migratorios en Chile en estos últimos veinte años tiene la potencialidad de reconfigurar la diversidad cultural de la sociedad chilena. La implantación de población migrante de distintos países de la región constituye una oportunidad de convivir con una mayor heterogeneidad, pero también conlleva problematizar la integración de esos colectivos, entendida como la interacción de sujetos y comunidades culturalmente distintos. Esto tiene implicancias tanto en la esfera socioeconómica e institucional, como en el reconocimiento y la promoción de la identidad cultural (Touraine, 1997).

La sociedad chilena es una de las más desiguales de América Latina de acuerdo con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE, 2018). A causa de ello, tiende a producir segregación social entre sus habitantes y también hacia los grupos inmigrantes residentes en el país. Estos últimos se configuran a menudo como guetos socioculturales por causa de la discriminación y la exclusión características de la sociedad chilena (Riedemann & Stefoni, 2015; Tijoux, 2017; Mora & Undurraga, 2013). Por estas razones, las condiciones estructurales y culturales del país no otorgan los espacios adecuados para una plena incorporación de los migrantes que arriban a Chile.

En este contexto, resulta de interés estudiar la integración en la sociedad de llegada de la emergente, pero intensa, migración haitiana. La configuración de la misma se da tanto por las condiciones de los migrantes haitianos en el país como por las posibilidades de la sociedad chilena para acogerlos. En Chile, 4,6% de la población del país son migrantes, es decir, 784.685 personas, de acuerdo con los datos del Censo de 2017 (INE, 2017). Las nacionalidades con mayor presencia son los peruanos (24,5%), seguidos por los colombianos (13,8%) y los venezolanos (10,9%). En cuanto a la distribución por sexos, la población migrante posee una leve tendencia a la feminización. El colectivo haitiano, que representa a 8,2% de los migrantes, es el sexto en proporción, con 64.567 personas (es más importante cuantitativamente que los argentinos) (INE, 2017). En su caso, la población masculina casi

dobla a la femenina, lo que la diferencia del patrón general de una migración mayoritariamente femenina.

Una de las características de los haitianos en Chile es que, como grupo, no disponen de recursos económicos para proyectar una migración hacia Estados Unidos, Canadá o Francia (Amode, Rojas y Vásquez, 2017). Constituyen un colectivo carenciado, que no cuenta con capitales y redes de apoyo, y que asume riesgos en su proyecto migratorio a Chile (ibíd.). Poseen, en su mayoría, un precario dominio del español, pues su idioma materno es el *kreyol*. Esta barrera idiomática no les permite interactuar de manera fluida con los ciudadanos chilenos (Fuster &Rebolledo, 2013) y los coloca en una posición más desfavorable para la defensa de sus derechos y condiciones laborales y para la incorporación en el aparato institucional. Es posible afirmar que el vínculo más sostenido –y casi único– es con sus propios compatriotas, lo que genera un riesgo de segregación, entendida como la ausencia de interacción con otros grupos sociales (Rodríguez Vignoli, 2001).

El color de piel de los inmigrantes haitianos los configura como un grupo racializado (Tijoux, 2017), lo que los condena a la diferenciación y la desigualdad (Mora y Undurraga, 2013), tanto en el trato cotidiano como en el ámbito económico-institucional. Ocupan espacios laborales de baja remuneración, poco valorados, de alto riesgo y con una fuerte carga de horas de trabajo, lo que si bien les permite a cubrir sus necesidades básicas, les imposibilita mejorar sus condiciones de vida. Esta inserción en las categorías laborales más precarias opera independientemente de su calificación, por lo que experimentan con frecuencia una degradación académica (Valenzuela et al., 2014).

Las condiciones de integración de este grupo migratorio, sumado a los diversos testimonios sobre violencia y discriminación, dan cuenta de que los haitianos en Chile experimentan diversas formas de exclusión vinculadas a la percepción racial que sobre ellos se tiene (Valenzuela et al., 2014). En la sociedad se construye ideológicamente la idea de superioridad e inferioridad en la relación entre la población autóctona y la inmigrante (ibíd.), y esta construcción ha posicionado a la comunidad haitiana en una categoría social subalterna respecto a los ciudadanos chilenos.

Las redes de compatriotas y organizaciones en la sociedad receptora constituyen un soporte social básico para desenvolverse en el país. Poblete Melis (2008) plantea la relevancia de la esfera relacional como un potencial mecanismo integrador. La organización social constituye un satisfactor de la necesidad de participación, así como un multiplicador para cubrir otras necesidades (Max-Neef, 1993). En Chile existen organismos y experiencias asociativas desde la sociedad civil –muchas de ellas de carácter religioso– que promueven la participación de los migrantes haitianos en el país y que contribuyen a su integración.

Para comprender el ámbito participativo de la migración proveniente de Haití, esta investigación aborda la experiencia de un colectivo haitiano que asiste a un taller de español impartido por monitores chilenos, patrocinado por el Servicio Jesuita al Migrante y organizado por una de las juntas de vecinos de la comuna de Santiago. La iniciativa surge motivada por la considerable presencia de inmigrantes haitianos en el barrio, quienes exhiben, en su mayoría, un bajo o nulo dominio del español. El propósito de este taller, de acuerdo a lo manifestado por su coordinador, es lograr el aprendizaje del español por parte de los participantes haitianos para una mejor inserción en Chile. Pero, además, pretende otorgar una instancia de interacción social entre haitianos, y entre chilenos y haitianos, en un espacio de horizontalidad, es decir, donde no predomine la posición social de unos por sobre otros.

Esta experiencia del curso Kou Español ha contado con 22 participantes haitianos relativamente estables, dirigidos y apoyados por un equipo de ocho monitores permanentes (de nacionalidad chilena). Aquí, una organización formal (la junta de vecinos), que corresponde a la sociedad de llegada, crea un espacio social para la integración de migrantes, con un equipo de monitores formado a partir de una convocatoria abierta. Los participantes destinatarios del curso son inmigrantes haitianos, con precario o nulo dominio del idioma español, y con una asistencia que ha fluctuado entre diez y treinta personas. El taller funciona semanalmente en la sede de la junta de vecinos desde abril de 2017 a la fecha.

El presente estudio intenta analizar la contribución de la experiencia de participación de la comunidad haitiana en este curso de español y sus efectos en la propia asociatividad y la integración de dichos migrantes. Se intenta explorar esta relación, bajo el presupuesto de que favoreció su integración en la sociedad de llegada.

El concepto de integración que asume esta pregunta es problemático, polisémico y tratado por muchos autores. Sin embargo, para orientar el estudio, aquí se aborda desde el planteamiento de Touraine (1997), quien distingue entre multiculturalismo radical, asimilacionismo y encuentro intercultural. Para este autor, es esta última categoría la más deseable como situación de integración de la comunidad de migrantes.

Una de las estrategias de integración es la formación de asociatividad entre los migrantes, entendida como la capacidad de lograr objetivos comunes en un contexto organizativo (Maldovan y Dzembrowski, 2009). En efecto, estas capacidades, formadas en los colectivos inmigrantes, parten de interacciones sociales que facilitan y promueven la integración, disminuyendo con ello las posibilidades de exclusión y segregación social. No obstante, no toda participación social genera asociatividad. Esta se define como una capacidad fundada en la confianza (Valenzuela y Cousiño, 2000) y en la colaboración (Maldovan y Dzembrowski, 2009). Constituye, por tanto, una habilidad aprendida en instancias de participación con un sustrato basado en un enfoque dialógico (Freire, 1970) y una cultura comunitaria (Moulián, 2000). Desde esa base es posible una formación en capacidades asociativas, que pueden (o no) estar presentes en la organización social.

La formación de asociatividad y capital social genera atributos que superan el aprendizaje del idioma español –sin duda relevante para la adaptación básica en la sociedad de llegada– puesto que promueven la integración del colectivo inmigrante. Con esta se producen mejores condiciones simbólicas y materiales de vida para el sujeto foráneo, así como un aprendizaje de los habitantes del país para convivir en un ámbito de diversidad cultural. El presente caso de estudio permite observar la participación de los haitianos en el curso de español en relación con la generación y/o el fortalecimiento de la asociatividad en dicho colectivo. Busca

mostrar, en última instancia, cómo esta experiencia de participación contribuye a la integración de los migrantes haitianos en la sociedad de arribo.

Participación y asociatividad. Contribución para la integración de migrantes

El concepto de integración social de los inmigrantes ha sido tratado desde diferentes disciplinas (economía, ciencias jurídicas y políticas, sociología). Desde la perspectiva de las interacciones sociales, Touraine (1997) define la integración social de estos a partir de una mirada que supera tanto la asimilación como el mantenimiento de los grupos culturales reconocidos, pero aislados. La fórmula propuesta para su integración es la del encuentro entre culturas y comunidades. Esta promueve la participación de los sujetos en lo que el autor llama la racionalidad instrumental, así como la promoción de la identidad cultural. La primera se relaciona con el ámbito socioeconómico y de las instituciones; la segunda, con su reconocimiento, con la posibilidad para ejercer las prácticas propias de las costumbres de origen y con las oportunidades de manifestación cultural. Esta integración, en Touraine, no se genera necesariamente en la comunicación de las comunidades a gran escala, sino que en la interacción de sujetos sociales culturalmente distintos, a partir de la convivencia y trabajar juntos (ibíd.).

Esta propuesta, denominada también interculturalidad, se basa en la comunicación y la interacción de las personas y en un diálogo crítico que promueve la defensa y la promoción de la diversidad cultural. Supone, por tanto, un proceso de adaptación de la pluralidad de realidades y culturas incorporadas en la inmigración. Se orienta a la producción de nuevas realidades culturales, sin negar la generación de conflictos, por lo que prevé mecanismos de diálogo y mediación (Ministerio del Trabajo e Inmigración, 2007). El planteamiento de la integración se presenta como un estado a alcanzar. En ese contexto, la asociatividad es relevante para el logro de este encuentro entre sujetos culturalmente distintos. Permite que el individuo pueda interactuar con distintas personas más allá de sus vínculos primarios, conociéndose y reconociéndose como iguales y diferentes y activándose relaciones de confianza, reciprocidad y solidaridad.

La asociatividad se funda en la confianza que se deposita en un desconocido, puesto que, a diferencia de la que existe entre familiares y amigos, es un supuesto (Valenzuela y Cousiño, 2000). La confianza en los extraños surge a partir de una promesa mutua, cuya mantención y cumplimiento permite la constitución de vínculos seguros, constantes y sostenibles. Cuando estas promesas se respetan, surge la asociatividad como una habilidad de hacer cosas con extraños. Esto es lo que se denomina aptitud asociativa, la cual se basa en la paradoja de individuos autónomos, que no ligados por lazos de afecto ni tampoco por expectativas mutuas, se sienten vulnerables en condiciones de aislamiento, por lo que la participación resulta imperiosa. Lo que los autores problematizan es que estas condiciones son difíciles de cumplir en una sociedad como la chilena, donde se desconfía del extraño y en la que prevalecen las relaciones con familiares o amigos de toda la vida (ibíd.).

En Maldovan y Dzembrowski (2009), la asociatividad es una práctica organizativa que estructura experiencias sociales en un sector que busca el acceso a una diversidad de recursos materiales y simbólicos. Los autores entienden este concepto como una estrategia de resistencia a la instalación del neoliberalismo. Las personas se unen por una finalidad y deben inventar (o reinventar) la organización y la comunicación con los otros. Así, la asociatividad constituye una capacidad que se logra a partir de la solidaridad entre pares y de una autogestión basada en la participación horizontal y la cooperación.

La asociatividad, entendida como una capacidad producto de un aprendizaje social, se forma en instancias de participación. Esta última constituye una necesidad existente en todas las épocas y las culturas (Max-Neef, 1993), por lo que se presenta como una potencialidad que estimula a los individuos a satisfacerla. Los sujetos activan así sus atributos personales, crean organizaciones sociales de base, establecen normas, generan acciones colectivas y producen espacios de participación. Max-Neef (1993) entiende la organización social (organización comunitaria democrática) como un satisfactor sinérgico, puesto que la forma de satisfacer la necesidad de participación permite o estimula la satisfacción de otras necesidades (protección, afecto, ocio, creación y libertad).

Por tanto, la organización social, en el caso de los inmigrantes, además de ser un dispositivo potencial de integración con la sociedad receptora, opera como un satisfactor de una necesidad humana fundamental, que se hace más patente (y su carencia más crítica) en el caso del sujeto migrante. Sin embargo, no toda instancia de participación social es asociativa. La confianza (Valenzuela y Cousiño, 2000) y la solidaridad (Maldovan y Dzembrowski, 2009) son los componentes que deben poseer los espacios de participación social para que puedan generar asociatividad. Y estos atributos son logrados a partir de una interacción dialógica (Freire, 1970) y una cultura comunitaria (Moulián, 2000).

Considerando que el caso en estudio presentado es un espacio de aprendizaje de español, con pretensiones de establecer relaciones horizontales entre sus miembros, el planteamiento de interacción dialógica y el enfoque problematizador de Paulo Freire (1970) es relevante. La educación problematizadora, producto de interacciones dialógicas, constituye un enfoque que reconoce a las personas como seres que están *siendo*, o sea, inacabados, que están en plena transformación. Considera, por ello, a sujetos (*educandos*) que se pregunten, cuestionen lo planteado en el espacio educativo y asuman una actitud crítica en pleno diálogo con el educador. De ahí que este enfoque promueva el cambio social y no el *status quo*.

La horizontalidad en los vínculos sociales producida por la interacción dialógica genera una mayor disposición en los sujetos para establecer relaciones de confianza entre sí, puesto que el entramado social se resiste a las prácticas de dominación y a las jerarquías irreflexivas. Es por ello que la interacción dialógica posibilita las prácticas asociativas al interior de un colectivo u organización social. Una relación horizontal entre las personas en un grupo –tanto nativos como inmigrantes– dota potencialmente a los sujetos migrantes de una disposición para establecer relaciones de confianza, lo que fortalece los lazos sociales y favorece la integración en la sociedad de llegada.

Por ello, el espacio participativo que construye asociatividad debe contar con una cultura comunitaria (Moulián, 2000), que instale valores de solidaridad en fuerte competencia con los valores de la utilidad y la instrumentalidad que caracterizan a la sociedad capitalista. Los elementos constitutivos de la cultura comunitaria son la fraternidad y la amistad. La primera

es entendida como un impulso a la justicia social. La amistad, por su parte, constituye un nicho gratuito de afectividad que desarma los estados de alerta de los individuos en la esfera capitalista y conforma una dimensión paralela donde no todas las relaciones sociales están mediadas por el interés. Al transgredir dicha instrumentalidad capitalista, una política de amistad resulta subversiva (Moulián, 2000).

Desde esta discusión, es posible establecer que las experiencias de participación constituyen espacios donde los sujetos pueden adquirir habilidades asociativas, es decir, trabajar juntos para un objetivo común, aun cuando no existan previamente relaciones afectivas o incluso conocimiento entre ellos. Para que una instancia de participación se convierta en una fuente de aprendizaje en asociatividad debe contener relaciones de confianza y solidaridad. Estas últimas son posibles si en la organización social se presencian interacciones dialógicas y una cultura comunitaria.

La participación de sujetos migrantes en experiencias comunitarias, entendida como la satisfacción de una necesidad humana basada en interacciones dialógicas en fraternidad y amistad, contiene la promesa de un aprendizaje para la asociatividad. Ante una sociedad con una matriz neoliberal y con un imaginario racializado (Tijoux & Córdova, 2015), los espacios de participación se configuran como una resistencia o, por lo menos, como competencia a las prácticas instrumentales de la sociedad de llegada.

La migración de haitianos en el país releva la problemática de la integración de estos colectivos, tomando en cuenta su vulnerabilidad económica, su barrera idiomática, su racialización y su segmentación sociolaboral. Por ello, resulta relevante la construcción de recursos basados en las interacciones sociales contenidas en la participación comunitaria para formar asociatividad, con el fin de que puedan integrarse a la sociedad de llegada. La aparente carencia de asociatividad e integración en los inmigrantes haitianos incentiva a observar el espacio de participación social del curso de español de la junta de vecinos como una experiencia que potencialmente fortalece estos fenómenos.

METODOLOGÍA

En el estudio de caso del curso Kou Español para la comunidad haitiana la investigación realizada tuvo un carácter cualitativo. El curso-taller fue promovido por la Junta de Vecinos y ejecutado por un equipo compuesto por un coordinador y siete monitores voluntarios estables. A él asistieron de manera estable 22 migrantes haitianos, 12 hombres y 10 mujeres. El proceso estudiado se desarrolló en la sede de la junta de vecinos, aunque también se observaron otras instancias comunitarias en el espacio público. El trabajo de observación se realizó durante siete meses, entre junio de 2017 y abril de 2018 (con pausa entre diciembre y marzo). Cabe destacar que a comienzos del curso, en 2018, se amplió el número de monitores y el taller se dividió en dos niveles, de acuerdo con el dominio del idioma de los participantes.

Durante el período de observación presenciamos²³ sesiones regulares, un encuentro de bailes haitianos y chilenos (junio de 2017), una celebración de fiestas patrias chilenas (septiembre de 2017), una instancia de un partido entre Chile y Brasil (octubre de 2017), un evento comunitario y cultural en la calle inmediata a la sede (octubre de 2017) y la ceremonia de entrega de diplomas en diciembre de 2017. Ello sin contar otros espacios de interacción social ocurridos a partir de actividades del curso que se produjeron en el ámbito barrial. Este acercamiento fue complementado con las notas de campo elaboradas por el investigador.

El caso de estudio permitió observar la dinámica participativa y comunitaria del curso de español y su contribución a la integración social de los inmigrantes haitianos. Para ello, se utilizaron las técnicas de observación participante y de entrevistas en profundidad. La observación participante consistió en la inserción del investigador en el curso de español con implicación parcial. Más adelante, este rol como observador externo se transformó en una colaboración activa, por lo que al aplicar la técnica se produjeron necesariamente interacciones entre el investigador y los sujetos, con lo que se generó una modificación – aunque en escala menor– del contexto de investigación. La condición de observador fue conocida en todo momento por los participantes. Siguiendo la clasificación propuesta por Folgueiras (2009), la técnica se enfocó en la observación de lo siguiente:

- *Interacciones sociales entre los participantes haitianos en el ingreso del taller, en el desarrollo del mismo y en la salida de la sesión.*
- *Interacciones entre los participantes haitianos y los monitores de español.*
- *Estructura del curso y su dinámica interna, en cuanto a las clases, la coordinación del curso y la recepción de las directrices por parte de los participantes haitianos.*
- *Redes de apoyo del curso de español.*
- *Actividades desarrolladas en el propio curso para la integración de los migrantes haitianos en el barrio.*

La segunda técnica de investigación consistió en la aplicación de entrevistas en profundidad, con el fin de explorar la percepción y los significados de la participación de los migrantes en el curso de español y de la incidencia de esta experiencia en la formación de asociatividad y capital social. Se entrevistó a cinco participantes haitianos del curso Kou Español, al coordinador del curso, a una integrante del equipo, a una dirigente de la junta de vecinos y a una gestora de los cursos de español del Servicio Jesuita al Migrante (estas últimas no participaron directamente del taller, sino que su papel era de liderazgo y apoyo). La selección de estos informantes obedeció a la necesidad de explorar la significación de la experiencia en el taller para los participantes haitianos y de los liderazgos y los conocimientos de la realidad barrial y migratoria en el caso de la dirigente de la junta de vecinos, la gestora de cursos de español y los monitores.

La selección de entrevistados haitianos se basó en el criterio de un mejor dominio del idioma español (no se requirieron servicios de intérprete) y en su presencia asidua. Se invitó a diez participantes, de los cuales cinco aceptaron ser entrevistados. La mayoría de estos mantenían una relación de mayor confianza con el investigador. El hecho de que cinco participantes invitados al estudio no hayan accedido a ser entrevistados obedeció a obstáculos en torno a horarios laborales, exigencias familiares (nacimiento de un hijo) y cambio de residencia fuera de Santiago.

Las entrevistas abordaron la trayectoria y la experiencia migratoria, la relación con la sociedad de llegada, las razones y las motivaciones para integrarse al curso de español, la experiencia de participación, la relación construida con los participantes del curso (haitianos y chilenos), la percepción sobre la contribución del curso para integrarse a la sociedad de llegada, las proyecciones y las capacidades de formar una organización comunitaria, y la contribución del curso al intercambio cultural entre chilenos y haitianos. Por último, se consideraron como fuente de información las interacciones conversacionales en el trabajo de campo (Gaínza, 2006).

El curso de español como experiencia de aprendizaje en asociatividad

Como dijimos, el curso-taller es llevado a cabo por un equipo compuesto por un coordinador y seis monitores voluntarios estables. Algunos monitores iban integrándose como observadores, para luego asumir espontáneamente más funciones. Asimismo, la actividad se consideraba abierta, por lo que cualquier persona podía integrarse como monitor y también retirarse sin presentar mayores explicaciones. Los antecedentes de los monitores dan cuenta de una heterogeneidad en términos etarios, de experiencias de vida, de ocupaciones y de formación. No obstante, en lo relativo a sus trayectorias académicas, se constata una tendencia hacia las ciencias sociales.

La estructura del equipo era simple y más bien horizontal. El coordinador establecía lineamientos básicos junto a la dirigente de la junta de vecinos y ambos ejercían un liderazgo más bien permisivo con el equipo. En un comienzo, la responsabilidad de preparar las clases² estaba depositada en los cuatro monitores que iniciaron el proceso. Con el tiempo, esta se fue abriendo hacia los otros integrantes. Por su parte, los participantes destinatarios del curso, como ya dijimos, eran inmigrantes de nacionalidad haitiana, con precario o nulo dominio del español. El número era variable, con una asistencia de entre diez y treinta participantes. En términos estables, se contaba con la presencia de 22 participantes, de los cuales 10 eran mujeres –un número importante, considerando la masculinización de la inmigración haitiana.

²En el equipo se usaba la denominación de *clase* para referirse a las sesiones o encuentros, aun cuando la actividad pretendía definirse como desescolarizada.

Experiencia migratoria de los participantes. Contexto de su integración social

La aproximación a las condiciones de integración de los haitianos participantes del curso de español, previo a su incorporación al taller, se realiza a partir de sus condiciones habitacionales, su inserción laboral, su regularidad migratoria, su participación en organizaciones y el trato hacia los migrantes desde la sociedad chilena. Los migrantes haitianos del caso de estudio residen en la comuna de Santiago, en viviendas donde se arriendan habitaciones, por lo general compartidas con familiares o amigos. Sus bajas remuneraciones no les permiten acceder a mejores condiciones habitacionales, debido a los altos precios de arriendo en la comuna de Santiago. No obstante, se infiere que los participantes haitianos están dispuestos a sacrificar una mejor vivienda por un entorno con mejor calidad urbana, conectividad y condiciones de seguridad, atributos que posee la comuna de Santiago respecto a otros lugares de la periferia.

Los participantes haitianos entrevistados se desempeñaban en empleos de baja calificación, baja remuneración y de alta vulnerabilidad laboral. Hubo un caso de descalificación académica, en que una mujer haitiana trabajadora en aseo doméstico era enfermera de profesión. Sin duda, han experimentado la segmentación sociolaboral (Valenzuela et al., 2014), generada por un trato desigual a partir de su racialización (Mora & Undurraga, 2015) o por la irregularidad migratoria (Valenzuela et al., 2014). No contar con la documentación legal para su residencia en el país es un factor relevante para la inserción laboral de los participantes haitianos. Ellos perciben una contradicción en la legislación migratoria chilena, puesto que condiciona a los haitianos a un círculo vicioso que reproduce su situación irregular.

El reducido ámbito de relaciones sociales en los primeros meses de estadía en Chile hace que adquiera gran importancia la incorporación de los migrantes haitianos en organizaciones sociales. Es en ese aspecto donde mejor se percibe una integración previa de los entrevistados. Muchos de los participantes son miembros de iglesias protestantes, donde han podido establecer relaciones con compatriotas y con chilenos. Estas experiencias de participación operan como una red primaria de apoyo de carácter transnacional (Portes, 2003) y, además, como estrategia de sobrevivencia (Poblete, 2008).

El trato de la sociedad chilena a los migrantes haitianos ha sido dual, de acuerdo con los testimonios de los participantes. Algunos entrevistados manifestaron experimentar un buen trato por parte de los chilenos, quienes incluso se acercan a conversar en la calle o en el transporte público. No obstante, durante la investigación también recurrieron mucho al término *racismo* o *racista*, ya sea por haber experimentado episodios directamente o bien a través del caso de algún conocido o amigo víctima de algún hecho de violencia de este tipo. La normalización de las actitudes racistas (Amode, Rojas, & Vásquez, 2017) se manifestó, además, en la afirmación reiterada de que *todos los países son racistas* o de que *en República Dominicana son más racistas que en Chile*. Pero también puede operar a partir de la negación o disminución de la importancia del racismo en su experiencia migratoria.

La confianza construida en el curso de español

La participación de los migrantes haitianos y monitores chilenos en el curso de español tiene como objetivo lograr el aprendizaje de este idioma por parte de los primeros para una mejor integración y constituirse como una instancia de interacción entre haitianos y chilenos en condiciones de horizontalidad. Desde ahí es posible identificar un primer elemento de esta asociatividad. Desde la dinámica observada en el propio taller se pueden consignar otros aspectos que dan cuenta de la aptitud asociativa de los miembros de esta organización social: la confianza, las interacciones dialógicas en la práctica organizativa y la construcción y el aprendizaje social de la asociatividad.

La confianza –que constituye, lo vimos, una base en la asociatividad (Valenzuela y Cousiño, 2000) – es una categoría recurrentemente mencionada en las entrevistas tanto por los haitianos participantes como por los monitores chilenos. No obstante, se observó una actitud tímida de los participantes en el inicio del curso y al comenzar cada sesión. En ese sentido, un entrevistado reconoció que a los haitianos les cuesta abrirse y entablar relaciones de confianza. Tienen dificultades para sociabilizar, dijo, atribuyéndolo a la historia de sufrimiento de su país. Pero más allá de estos rasgos, los entrevistados declararon valorar la confianza depositada por los monitores, que les permitió establecer vínculos de amistad con ellos. A partir de la dinámica en el aula y el reconocimiento que esta produjo, se generaron y

fortalecieron vínculos sociales. Precisamente, en las conversaciones se destacó el ambiente alegre del taller y el establecimiento de lazos entre los participantes haitianos y los monitores chilenos:

Me siento muy bien, con alegría. Con los profesores, amigos, amigas. Yo siempre converso más con M., con A., porque yo tengo el facebook de ellos [hace] mucho tiempo. Siempre avísame [me avisan], “C. no olvidar el martes el curso”. Cuando voy atrasado: “C. ¿no vienes a clase hoy?”. Siempre me escriben al facebook (joven haitiano, 29 años).

Un entrevistado compara la dinámica del taller con otro curso de español al que asistió y enfatiza que en el otro la enseñanza era más formal, sin el intercambio de experiencia de la vida cotidiana que ocurrió en este. La confianza generada entre los miembros del taller permitía que los haitianos no temieran equivocarse, lo que fortalecía el aprendizaje del idioma. En ese sentido, se percibió, por parte de los monitores, una preocupación de que los haitianos se sintieran bien en el curso, *lo pasaran bien*. Y que la dinámica en el aula fuera de carácter desescolarizada y experiencial:

Por ejemplo, el año pasado, el curso tenía 17 clases y se terminaron haciendo 32 clases. Entonces tú te preguntas cuáles son las otras 15 clases. Pero sí salieron 15 clases, que varias de ellas eran fiestas también, era algo lúdico y creo que el tema es ese. No hay que quedarse siempre con las fichas, con lo establecido, sino que a medida que va avanzando el curso te vas dando cuenta de las necesidades particulares de ese grupo y ahí se va reforzando y creo que la parte festiva y lúdica también es muy importante. Creo que no es solo que los haitianos del barrio aprendan español, sino también que se sientan integrados, que lo pasen bien, que se rían, que tengan confianza en los vecinos chilenos (presidenta de la Junta de Vecinos).

La construcción de la confianza se generó a partir de otras instancias que superan el aprendizaje del español y que se fueron implementando en la medida que se identificó la necesidad de integración de los participantes haitianos con los vecinos del barrio. Y es por ello que se realizaron actividades lúdicas, como el Día de la Bandera de Haití, la Celebración de las Fiestas Patrias de Chile, el Encuentro de los Pueblos en la calle Coquimbo, e incluso se les pidió a los participantes haitianos que acompañaran a los monitores chilenos a ver el partido entre Chile y Brasil para la clasificatoria del Mundial Rusia 2018. Pero también se atribuye esta posibilidad al trabajo serio y riguroso por parte del equipo de monitores:

Todos los martes a las ocho llegar un poquito antes, estar ahí, estar presente, sentados, y siento que a través de eso fueron cachando que yo no estaba hueviando, que no estaba parando el dedo, yo y todos los demás [se refiere al equipo de monitores]. Estábamos ahí siempre, entonces yo sentía que cuando me saludaban era de mucho agradecimiento y también sentía esas ganas de querer conocerme más [se ríe] y así como querer enganchar de alguna forma, preguntarme cosas (coordinador del curso Kou Español).

Al cumplirse las promesas mutuas a través de un trabajo sistemático, se genera una confianza entre personas que no contaban previamente con un vínculo de afecto (Valenzuela & Cousiño, 2000). Esa confianza se evidenció en la ceremonia de clausura del taller en 2017, en la que quedó patente esa consolidación de la relación entre monitores y participantes haitianos:

Cómo te lo explico... como que se sientan a conversar con los chiquillos, esos detalles que tienen de elegir el mejor compañero... Como que son cosas que ellos también harían si tuvieran un curso. No sé cómo... como que hay un cariño en todo lo que hacen, cuando conversan, conversan con los chicos [se refiere a los participantes haitianos]... Hay otros lugares a los que yo voy y son como los haitianos en un lado y los voluntarios en otro lado, o no se generan esas como sonrisas que yo veo a veces, como

complicidad de saber que es el último día (encargada de cursos de español, Servicio Jesuita al Migrante).

Las interacciones dialógicas en la práctica organizativa

Uno de los cuestionamientos relevantes en el estudio de caso es si las interacciones producidas en el curso de español responden a una relación horizontal o bien prima una dinámica paternalista o asistencial en la vinculación entre monitores chilenos y participantes haitianos. La relación pedagógica, de acuerdo con la observación de la dirigente de la junta de vecinos es, en sí, de poder, pues se establece a partir de una disposición *patermaternalista* de los monitores del curso, y el hilo que la separa de una relación autoritaria es muy delgado. Esto lo explica por la tendencia a proteger a un grupo humano percibido como vulnerable. Sin embargo, en la dinámica grupal y en la dinámica explícita del curso las conductas paternalistas son evitadas por el grupo de monitores. Desde el Servicio Jesuita a Migrantes se desincentiva, además, el trato paternalista de “ayudas” de carácter económico.

De acuerdo con lo observado en el espacio de clase, se identificaron dos momentos en los que se generaban diferentes tipos de interacciones y que responden a la distinción de las etapas de aprendizaje del idioma. En el momento de enseñanza de la gramática, el vocabulario y la pronunciación –cuando el método de enseñanza generado era el tradicional– se establecía una relación paternalista, donde los que saben hablar español *enseñan* a los que no saben. No obstante, en el grupo de monitores existía conciencia de carecer de técnicas pedagógicas, puesto que ninguno era pedagogo. Más aun, a lo largo del curso se evidenció que la mayoría de los participantes haitianos sabían más de un idioma y que los facilitadores chilenos muchas veces no tenían un conocimiento acabado de la gramática española, puesto que no tenían formación en lengua hispánica (a excepción de una monitora).

Otra dimensión en que se puede percibir una relación paternalista es en algunas conceptualizaciones respecto de las experiencias vividas por el equipo. En ese sentido, a las sesiones y encuentros se les denominaba *clase*, como una instancia escolarizada, aun cuando estas no funcionaban de manera tradicional. Además, se les llamaba a los participantes

haitianos *estudiantes*, lo que denotaba una condición de aprendices. Y en más de alguna ocasión, estos llamaban *profesores* a los monitores/facilitadores.

Las relaciones de carácter horizontal tenían lugar principalmente en el ámbito de intercambio de experiencias de la vida cotidiana: *ir al trabajo, el transporte colectivo, lo que se hace en Chile, labores domésticas, actividades habituales en el barrio y trámites de extranjería*. Se establecían interacciones de igualdad y mutuo interés (entre chilenos y haitianos) respecto de las experiencias cotidianas y de las diferencias entre Chile y Haití. Estas instancias, propias de la dinámica en el aula, se realizaban en un ambiente distendido y con mucho humor, lo que permitía generar un conocimiento y reconocimiento entre los sujetos, además de un intercambio cultural.

Los momentos de mayor cercanía y aproximación eran los trabajos en grupos pequeños, donde apoyados por la guía, se conversaba para poder ejercitar el habla hispana, la pronunciación, la conjugación de verbos, el conocimiento de nuevas palabras en español y la comprensión lectora. Es en este espacio educativo donde se establecía una interacción dialógica entre los sujetos. El diálogo era entendido como una relación horizontal de confianza para recomponer aquella humanidad sustraída (Freire, 1970), generada por las condiciones de exclusión de los inmigrantes haitianos.

Pero aun en ese espacio de horizontalidad, se explicitaron ciertas diferenciaciones a partir de la racialidad³. Los haitianos se reconocen *negros*, como un concepto en sí mismo, dado la conformación de la nacionalidad haitiana, pero también como un elemento diferenciador respecto de la sociedad chilena (en una interesante sesión del taller, estos categorizaron a los monitores chilenos como *blancos*). Los haitianos tienen normalizado el concepto de *negro*, como una descripción neutra o llevada con orgullo. Para los chilenos, esa noción es complicada, puesto que posee connotaciones peyorativas. Sin embargo, los monitores expresaban la intención de anular la otredad en el contexto del taller para instalar el objetivo de relaciones horizontales entre haitianos y chilenos.

³Entendemos la racialidad como la categorización y la representación de un grupo humano por otro a partir de ciertos rasgos similares (Wieviorka, 1998).

El espacio de interacción entre unos y otros era, evidentemente, obstaculizado por la barrera idiomática y el poco entendimiento mutuo, sobre todo en un comienzo. En ese sentido, había momentos donde los haitianos conversaban en *kreyol*, lo que excluía del espacio de interacción a los facilitadores chilenos. Pero las relaciones horizontales se fueron generando en la medida que los participantes haitianos se iban expresando y dominando el español. Las interacciones dialógicas entre monitores y participantes requirieron de tiempo y esfuerzo. Naturalmente, había participantes con mayor cercanía a algunos monitores e involucramiento con el curso.

De este modo, con la dinámica en el aula y la forma de plantear la instancia educativa, fue creciendo el interés en un conocimiento y reconocimiento mutuo. Muchos participantes haitianos se quedaban conversando entre ellos y con los monitores luego de terminar la clase. No obstante, un entrevistado planteó ciertos límites en la confianza con los participantes, con el objeto de evitar confusiones y de no deteriorar la calidad del taller. Además, estas afinidades logradas entre monitores y participantes haitianos tuvieron algunas veces implicancias en el aula, pues en ocasiones algunos monitores promovían la participación de los estudiantes cercanos, en desmedro de las intervenciones de los otros.

La asociatividad como construcción y aprendizaje social

La asociatividad en el curso de español se encuentra inacabada. Para su construcción se precisa de mucho esfuerzo, puesto que si bien están las confianzas, las intenciones se ven dificultadas, sobre todo, por el tiempo disponible tanto de los monitores chilenos como de los participantes haitianos. Del mismo modo, este déficit de tiempo del migrante - expropiado por las extensas jornadas laborales (Thayer, 2009) – ha generado una demanda de este en gran parte de los participantes, lo que dificulta la construcción de asociatividad.

Otra dificultad es el carácter poco sociable de los participantes haitianos y la timidez y baja participación por parte de las mujeres, que les impedía una plena visibilización, situación que obstaculizó la construcción de asociatividad. Las mujeres hablaban entre ellas en *kreyol* y establecían un círculo más hermético, situación atribuida, según varios testimonios, al

machismo que caracteriza a la sociedad haitiana. Con todo, se estableció una relación cercana entre una participante del curso y tres monitoras del taller, en la que se reúnen a tomar té, se han apoyado ante problemas de salud e incluso hicieron una presentación de un baile típico haitiano en la celebración del día de la bandera de Haití.

La dirigente de la junta de vecinos planteó la relevancia del curso de español para la inclusión de los haitianos. Los entrevistados de esta nacionalidad expresaron, por las mismas razones, su voluntad para seguir colaborando –en conjunto con los chilenos– con sus compatriotas recién llegados. Algunos no sabían cómo participar, mientras que otros proponían enseñar español a haitianos con un precario conocimiento de este y también el *kreyol* a los monitores chilenos. Con esta intención quedó demostrado el interés por acercar a los monitores chilenos a aspectos de la cultura haitiana, lo que generaría bases para una interculturalidad.

A partir de la práctica organizativa se evidencia la importancia de proyectar la vinculación entre haitianos y chilenos. La posibilidad de que los participantes haitianos puedan enseñar *kreyol* a los voluntarios chilenos y a otros vecinos abre la posibilidad de equiparar las posiciones y, por tanto, de que los educandos puedan ser educadores. Con ello se fortalecería la asociatividad en el espacio de participación, misma que siempre está en proceso de construcción.

La consolidación de capacidades asociativas también se relaciona con el lugar, en cuanto espacio físico contenedor de relaciones sociales en condiciones de horizontalidad. La sede de la junta de vecinos y su proyección a la calle constituye un espacio con esas características. Pero en ese aspecto también se encuentra inacabado:

Hay un sentimiento de sensibilización y que no es como tan natural, se ha ido trabajando lentamente y la comunidad ya sabe que esto es un lugar donde la migración tiene participación, no la que quisiéramos, nos gustaría más haitianos en las actividades y es por lo que te decía, que nuestra propaganda no está en creole, por eso no llegan. ¡Cómo van a llegar a karate si no saben que hay karate! Pero eso lo vamos a tratar de solucionar este año... y la gente ya sabe que la junta de

vecinos, el espacio físico, es un lugar de encuentro y los haitianos no solo van los martes a las clases, todos los días que esto está, van, ellos van. Creo que el tema del ropero solidario ayuda mucho (dirigenta de la junta de vecinos).

Es por ello que el lugar ha posibilitado prácticas asociativas, como la experiencia de cocinar comida típica de Haití por los participantes del curso y en la que fueron apoyados por monitores chilenos –ayudando a cocinar y en la venta de los productos–, en el contexto de un encuentro de las comunidades migrantes del barrio, celebrado en octubre de 2017. Es ahí donde se presencié una primera práctica asociativa entre los participantes, aun cuando eran pocos los migrantes haitianos que asistieron a la actividad. Los haitianos invitaron a los monitores chilenos a compartir el excedente de comida, instancia que demostró la intención de fortalecer las confianzas y estrechar los lazos de amistad a partir del trabajo colaborativo.

CONCLUSIONES

La participación de los sujetos haitianos en el curso Kou Español genera prácticas asociativas que fortalecen la integración de dichos migrantes. Esta formación de asociatividad se funda en las confianzas construidas en el proceso y en las interacciones dialógicas y horizontales que se generan en el taller entre los participantes haitianos y los monitores chilenos. Los migrantes haitianos, al encontrarse vulnerados en su desenvolvimiento en este país de llegada, principalmente por el idioma y por constituir un colectivo racializado (Wieviorka, 1998), se suman a esta experiencia, integrando el taller como uno de sus espacios primarios de acogida. No conocen a nadie, pero por la imperiosidad de aprender el idioma se ven forzados a trabajar con extraños, construyendo, en el tiempo, confianzas fundadas en la regularidad del funcionamiento del taller y en la dinámica en el aula.

En el curso, los haitianos no temen equivocarse en el aprendizaje del español, pues han entendido que lo que se pretende es establecer con ellos y entre ellos relaciones no subordinadas. De este modo, desde una interacción horizontal se va formando una

dialogicidad (Freire, 1970) entre los participantes, y entre los monitores y los participantes. La cultura comunitaria también se percibe en esta instancia de participación, puesto que han surgido vínculos cercanos y de amistad (tanto entre haitianos como entre estos y los chilenos) y se han generado actitudes solidarias y fraternas.

Estos componentes de la experiencia de participación despiertan en sus miembros aptitudes asociativas. Esta capacidad es percibida en los monitores chilenos que se han organizado para implementar el taller de español como una práctica consolidada que pretende otorgar un servicio y un espacio de interacción para los migrantes haitianos. En primera instancia, estos últimos parecen apreciar esta experiencia como instrumental y no se vislumbra la formación de asociatividad. Sin embargo, la capacidad de hacer cosas con extraños se va desplegando en la vivencia misma de aprender otro idioma. Es por ello que la aptitud asociativa constituye un proceso de aprendizaje. Los monitores pueden traspasar estas habilidades al colectivo haitiano participante a partir de las confianzas y las interacciones dialógicas generadas en el taller y en las instancias en que los haitianos han podido participar activamente y autogestionarse como colectivo.

Una de las primeras acciones de autogestión fue cocinar en el encuentro de los pueblos celebrado en la calle Coquimbo. En esa ocasión fue posible evidenciar una capacidad asociativa embrionaria, formada a partir de la práctica del curso y en la que el rol de los monitores chilenos solo fue de apoyo. Por tanto, se constata una incipiente disposición de autogestión, basada en la participación horizontal entre sus miembros y en la colaboración para lograr un objetivo. Por ello es posible concluir que este curso contribuye a las prácticas asociativas como una instancia formadora de esas capacidades.

La contribución a la integración de los migrantes haitianos generada por esta asociatividad en formación se identifica a partir de tres instancias. La primera es la relacionada con el hecho de que la participación de migrantes haitianos en el curso de españoles en sí misma una experiencia de integración en el ámbito de la esfera relacional (Poblete, 2008). Esta integración es plausible gracias a la capacidad de un lugar –la sede de la junta de vecinos– para reunir alrededor de treinta migrantes haitianos residentes en el barrio y posibilitar el

encuentro, conocimiento y reconocimiento con los vecindarios chilenos. La instalación de un ropero solidario –por ejemplo–, al que los haitianos han recurrido para poder disponer de ropa abrigada en invierno, ha contribuido a que estos se acerquen y conozcan la junta de vecinos y el curso de español.

Este espacio de integración también ha sido denominado por la encargada de los cursos de español como una *comunidad de aprendizaje*, en la que los monitores chilenos y los participantes haitianos comparten y aprenden mutuamente sobre sus vidas, historias y culturas. El aprendizaje no se podría generar unilateralmente, de manera bidireccional. Desde ahí es posible afirmar que en esta experiencia de participación estableció un modelo intercultural de integración, basado en un encuentro entre culturas y comunidades (Touraine, 1997). Este no se da a gran escala, sino en las interacciones cotidianas entre habitantes de un mismo barrio o sector. Y esto ocurre con prácticas de intercambio cultural, visibilizadas en la celebración de fiestas de ambos pueblos y en la dinámica cotidiana del aprendizaje del español.

Además, los miembros de la comunidad del curso Kou Español han manifestado la convicción de que la migración es un derecho y rechazado cualquier forma de racismo y discriminación. De este modo, el curso se conforma como un espacio de reflexión sobre la integración de la comunidad haitiana y la solidaridad entre los pueblos. A pesar de que los discursos xenófobos y racistas son más vociferantes, la experiencia de participación apela a una sociedad cariñosa y solidaria con el migrante. Por ello, este ámbito de integración se configura como un espacio político de resistencia ante un discurso que pretende ser hegemónico.

Un segundo aporte que genera la experiencia asociativa en la integración de los migrantes es la relativa a la formación y el fortalecimiento de su capital social. Este se entiende como recursos reales o potenciales pertenecientes al sujeto y asociados a la posesión de una red sostenida de vínculos de conocimiento y reconocimiento mutuos (Bourdieu, 2000). La generación de vínculos cercanos y de amistad entre participantes haitianos y monitores chilenos amplía y fortalece las redes de los migrantes desde un punto de vista individual, lo

que tiene la potencialidad de generar beneficios futuros. Pero además, el capital social es construido comunitariamente (Durstun, 2000), puesto que la adhesión a esta instancia participativa constituye un recurso más para los migrantes al insertarlos en una red de vínculos sociales.

El curso de español, además, forma parte de una red de organizaciones e instituciones, partiendo por la propia junta de vecinos y el Servicio Jesuita a Migrantes. Pero también se vincula con cultos religiosos (a los que están adscritos muchos participantes haitianos) y con organizaciones promigrantes que otorgan servicios de asesoría jurídica, sobre todo para los procesos de regularización. El capital social generado o fortalecido en el curso de español constituye un elemento relevante para que los migrantes puedan integrarse en otras esferas de la sociedad de llegada. De ahí la necesidad de proyectar nuevas investigaciones que permitan identificar, caracterizar y dimensionar el capital social generado a partir de esta experiencia asociativa.

La tercera instancia se relaciona con la contribución de la experiencia asociativa a la integración de los migrantes en otras esferas de la sociedad de llegada. Esta experiencia ha sido valorada por las personas involucradas en el curso como un modelo de relaciones interculturales, replicables en otros territorios y espacios de participación con migrantes. Por su parte, los mismos haitianos relatan que han podido superarse laboralmente por el conocimiento del idioma, lo que les ha permitido desenvolverse mejor en trámites de extranjería y conocer a otras personas de habla hispana.

La contribución a la integración de los haitianos también se da por los propios monitores chilenos. Estos conforman un grupo de personas ya sensibilizadas con la problemática de los migrantes, que aportan en concienciar a las personas que conforman su entorno más inmediato: familia, compañeros de trabajo o estudio y amigos. La conversación sobre su experiencia en el medio cercano disminuye la desinformación, los prejuicios y los discursos xenófobos y racistas.

No obstante, las condiciones de desigualdad, segregación y exclusión en la sociedad chilena son tan profundas que se generan severas dudas respecto al aporte relevante que este curso de español puede producir en el mejoramiento de las condiciones materiales de vida de los migrantes haitianos. Es posible establecer que la contribución del taller se enfatiza en el ámbito participativo y simbólico de la integración: en la asociatividad, en el capital social y en el encuentro intercultural, factores que constituyen condiciones basales relevantes para un mejoramiento de esas condiciones materiales de vida.

La experiencia participativa del curso “los están motivando también a salir de la casa a un horario y no quedarse en la casa; entonces transitan por un territorio, conocen gente” (encargada de cursos de español, 2018). Al tener que desplazarse a su taller de español, los migrantes conocen a sus vecinos, adquieren mayor familiaridad con su barrio y viven una experiencia de aprendizaje que representa una cara del Chile que sí los acoge y los integra desde la motivación de construir una sociedad más solidaria.

BIBLIOGRAFÍA

- Amode, N., Rojas, N., & Vásquez, J. (2017). Racismo y matrices de inclusión de la inmigración haitiana en Chile. En Rojas Pedemonte, N. & Koechlin, J. (Eds.), *Migración haitiana hacia el sur andino*. Lima, Santiago, Madrid: Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Centro de Ética y Reflexión Social Fernando Vives, Universidad Alberto Hurtado, Servicio Jesuita a Migrantes, Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana, Migraciones y Desarrollo.
- Bourdieu, P. (2000). *Poder, derechos y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Durston, J. (2000). *¿Qué es el capital social comunitario?* Santiago: Comisión Económica para América Latina.
- Folgueiras, P. (2009). Métodos y técnicas de recogida y análisis de información cualitativa. Recuperado de https://issuu.com/alejandrowarm/docs/power_taller.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fuster, X. y Rebolledo, F. (2013). Interacciones dialógicas en el consultorio: migrantes haitianos y funcionarios de salud primaria. *Perspectivas*, (24), 111-122.
- Gáinza, Álvaro (2006). La entrevista en profundidad individual. En Canales, M. (Coord. y Ed.), *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*. Santiago: LOM.
- INE (2017). Censo 2017. Instituto Nacional de Estadísticas. Recuperado de: <http://www.censo2017.cl/>.
- Maldovan, J. & Dzembrowski, N. (2009). Asociatividad para el trabajo: una conceptualización de sus dimensiones. *Margen*, (55). Recuperado de: <https://www.margen.org/suscri/margen55/maldovan.pdf>
- Max-Neef, M.A. (1993). *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Santiago: Nordan-Comunidad.
- Ministerio del Trabajo e Inmigración (2007). *Plan estratégico de ciudadanía e inmigración 2007-2010*. Madrid: Subdirección General de Información Administrativa y Publicaciones.
- Moulián, T. (2000). *Socialismo del siglo XXI. La quinta vía*. Santiago: LOM.

- Mora, C. & Undurraga, E. (2013). Racialisation of Immigrants at Work: Labour Mobility and Segmentation of Peruvian Migrants in Chile. *Bulletin of Latin American Research*, 32(3), 294-310.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (2018). Estudios Económicos de la OCDE. Chile. Febrero 2018. Visión General. Recuperado de: <https://www.oecd.org/eco/surveys/Chile-2018-OECD-economic-survey-Spanish.pdf>.
- Poblete Mellis, R. (2008). Derechos humanos y migración: ¿aprendimos la lección? En Pozo, N. y Benítez, J. (Eds.), *Los otros derechos. Derechos humanos del Bicentenario*. Santiago: Universidad de Artes y Ciencias Sociales.
- Portes, A. (2003). *Convergencias Teóricas y Evidencias Empíricas en el Estudio de Transnacionalismo de los Inmigrantes*. Revista Migración y Desarrollo. Red Internacional de Migración y Desarrollo Zacatecas, Latinoamericanistas. México.
- Riedemann, A. & Stefoni, C. (2015). Sobre el racismo, su negación, y las consecuencias para una educación anti-racista en la enseñanza secundaria chilena. *Polis*, 14(42). Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/pdf/polis/v14n42/art_10.pdf.
- Rodríguez Vignoli, Jorge (2001). *Segregación Residencial Socioeconómica: ¿Qué es?, ¿Cómo se mide?, ¿Qué está pasando?, ¿importa?* Comisión Económica para América latina y el Caribe. Santiago de Chile.
- Thayer, L. (2009). Inmigrantes ecuatorianos, colombianos y peruanos en España: la transformación del tiempo, el espacio y la identidad. *América Latina. Revista del Doctorado en Procesos Sociales y Políticos en América Latina*, (8). Santiago: Universidad de Artes y Ciencias Sociales.
- Tijoux, M. E. (2017). Inmigrantes y racismo en Chile. Manifestaciones de violencia hacia los inmigrantes, especialmente haitianos. *Le Monde Diplomatique*, (187). Santiago.
- Tijoux, M. E. & Córdova, M. (2015). Racismo en Chile: colonialismo, nacionalismo, capitalismo. *Polis*, 14(42).
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos?: iguales y diferentes*. Sao Paulo: Fondo de Cultura Económica.
- Valenzuela, E. & Cousiño, C. (2000). *Sociabilidad asociatividad. Un ensayo de sociología comparada*. Santiago: Centro de Estudios Públicos. Recuperado de:

https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20160303/asocfile/20160303183844/rev77_val_en_cousi.pdf.

- Valenzuela, P., Riveros, K., Palomo, N., Araya, I., Campos, B., Salazar, C. & Tavie, C. (2014). Integración laboral de los inmigrantes haitianos, dominicanos y colombianos en Santiago de Chile. *Antropologías del Sur*, 1(2), 101-121.
- Wieviorka, M. (1998). *El racismo: una introducción*. Editorial Gedisa, Barcelona, España.